

SISTEMAS MUERTOS

Por ANTONIO BURGOS

(Especial para ESTUDIOS)

La jornada del 11 de mayo último en Francia marcará una fecha luminosa para el presente mundo europeo. No pocos acontecimientos serán esclarecidos por esa luz. No nos referimos a las reparaciones ni nos limitamos a la cuestión del Ruhr; consideramos como un particular, no por ello menos digno de relieve, la actitud de América hacia Europa y el efecto que suscitará en la primera el resultado de la lucha de los círculos políticos ingleses y la posibilidad amenazadora de la vuelta al aislamiento en caso de que el desacuerdo angla-francés se hubiese agriado con el triunfo nacionalista de Poincaré.

Todo esto nos parece todavía poco de frente al profundo significado histórico del 11 de mayo. En ese día fue abatido el sistema, el método imperialista, practicado por uno de los hombres más hábiles y más capaces, con la victoria del régimen democrático. El 11 de mayo la cédula electoral que, donde no vive la libertad, puede convertirse en instrumento de falsificación de la voluntad popular, ha mostrado su propia fuerza creadora y reformadora de la historia. Este triunfo de la democracia en la jornada del 11 de mayo, tiene tanta importancia en cuanto a que todo había sido preparado con maravillosa de *mise en scène*, a fin de que el elector reforzarse con el propio sufragio el poder de las derechas nacionalistas. Poincaré, quien en estos últimos meses, especialmente después del triunfo *laburista*, había visto acercarse con justo temor el cuarto de hora de las elecciones, supo aparentemente superar las zonas

tempestuosas de la baja del franco y del evidente fracaso del Ruhr. Trabajó con destreza, y después del alza del franco y especialmente, después de la prevista —aunque no ocurrida en la medida deseada— victoria de los pangermanistas, calculó que Francia debiese decretarle un premio electoral. Pues bien, el realce del franco y también el amenazado retorno del nacionalismo alemán, no lograron galvanizar el cuerpo electoral francés. El pueblo francés vio claro en el juego y, siguiendo los dictados de la realidad más cercana, juzgó y votó contra los dominadores de la hora. Téngase en cuenta —éste es el valor decisivo de las elecciones francesas— que el pueblo francés no se ha echado en brazos ni de extremistas del nacionalismo ni de los del comunismo: ha seguido —lo que hemos visto por primera vez en Europa después de la guerra— el camino moderado de la democracia, de los partidos medios tendientes a la izquierda. Es el restablecimiento de la vida normal, del método democrático que sale victorioso entre las tormentas de la guerra y del post-guerra. Una vez pasado el oleaje irreverente de las derechas y las izquierdas, Europa busca su salvación en los asilos conservadores que le ofrece la democracia.

Después de las provocaciones de los nacionalistas alemanes, Francia no responde históricamente, armando de voluntad e influencias propias a sus nacionalistas o imperialistas, sino que se protege en aquellos que le prometen normalidad con las reparaciones justas y con una paz humana. El país que hasta ayer no más apareció como la víctima de la victoria misma y ebrio solamente de hostilidad anti-alemana, viene a demostrarnos no sólo que trata de librarse de ese mal, sino que se dispone en condiciones de colaborar con los otros por las vías de la seguridad. Esta rectificación, no aparente pero sí esencial, ocurrida ahora mismo en Francia, adquiere un mayor valor simbólico, pues que se manifiesta por la libre voluntad popular y no por los manipuladores de la política o por los parlamentarios mismos. Finalmente han reaccionado en Francia las fuentes vivas de la historia con esa fuerza incoercible del instinto que nunca falla.

Por tanto hablando, en el sentido estrecho, del significado político, diremos que las elecciones francesas señalan el final de la política imperialista, militarista o nacionalista. Ningún Estado europeo puede proceder hoy por su propia cuenta sin tomar en consideración a los otros estados. Poincaré conquistó el poder en enero de 1922, levantando una bandera diz que con este lema nacionalista: "Francia procederá como mejor le plazca; ningunas tentativas con los aliados y menos con Alemania!" Briand debía discutir con Rathenau, después de haberse puesto de acuerdo con los dos *premiers*, el inglés y el italiano; pero Poincaré se convirtió en el sostenedor del rígido programa de la intransigencia y, con el *bloc national*, triunfó en la Cámara. Los resultados? Numerosas victorias personales, muchas manifestaciones afortunadas de habilidad y preparación ante los colegas de afuera, pero un fracaso final también por mérito del sobrio e inteligente campesino elector francés.

Francia por medio de Poincaré dominó netamente en todo el 1923 sobre la voluntad de Europa e hizo sentir el peso de ese dominio en el viejo mundo; operó por su cuenta y riesgo, segura de que vencería por sí sola. Y se apoderó del Ruhr. El desastre ha sido grande desde el punto de vista económico, porque las reparaciones no han sido pagadas con la conocida ocupación por los militares y los técnicos franceses; pero más grande ha sido ese desastre desde el punto de vista político. En efecto la tentativa de disgregar el Imperio alemán se despedazó contra las dificultades más imprevistas; y aquello de permanecer en Renania por un tiempo indeterminado, encontró también fuertes adversarios entre los ingleses, no menos tenaces que entre los mismos alemanes. El fracaso del Ruhr fue puesto en evidencia con la baja del franco, baja que amenazaba, más que a un ministerio, a la vida misma de Francia, y que se hizo pasajera debido únicamente a la intervención condicional de los anglo-americanos. Las finanzas francesas se resintieron en primer lugar de la imposibilidad de una política aislada, aunque fuerte en la apariencia, y obligaron a la nación, que tanto se preocupa del prestigio de su propia

soberanía, a aceptar condiciones dolorosas impuestas por banqueros extranjeros, con tal de salvar el franco y los centros económicos del país; en segundo término, la caída del franco condujo a Francia a aceptar, por medio de la Comisión de los expertos, la cooperación de los aliados y también del asociado, rechazada con frialdad anteriormente.

Por último, después del relativo restablecimiento del franco, Poincaré trató una vez más de dominar la voluntad nacionalista de Francia en la solución del problema europeo sobre las reparaciones: sus reservas, sus evidentes simpatías por los alemanes intransigentes, inconscientemente favorables a tal juego, las condicionales declaraciones del gobierno *laburista*, la inacción italiana, la impotencia alemana, todo esto parecía contribuir a reforzar al jefe más experimentado del imperialismo francés. Pero los electores se le rebelaron y con ello ha terminado la acción aislada de Francia.

Qué sucederá con esta victoria de las izquierdas? Muchos aseguran que nada cambiará en la política exterior francesa, fuera del director de orquesta. No somos de la misma opinión. Cambiará lo que MacDonalld acostumbra llamar "la atmósfera". Entre los hombres de la izquierda, sea Herriot o Briand, vive la voluntad de cooperar con los aliados, voluntad que faltaba a Poincaré. Las cuestiones europeas se resolverán internacionalmente, como quería Briand en Cannes y como en aquella época no lo quiso Poincaré.

Las dificultades del gravísimo problema europeo serán discutidas con espíritu diverso y, sin fáciles ilusiones que serían hasta culpables, bien puede considerarse menos peligroso este porvenir europeo, menos peligroso del que sería hoy si los nacionalistas o militaristas, los *poincareistas* y los *clemencistas*, hubiesen vencido en Francia.

Ciertamente que el problema del Ruhr no se hallará libre de las más serias contrariedades; al contrario este problema dará la medida de la capacidad de los hombres nuevos que gobernarán en Francia.

KANT

Por JOSE INGENIEROS

Creador de un monumento filosófico doblemente asombroso, por su mole y por su arquitectura, Kant tiene consagrado un sitio entre las tres docenas de hombres que han culminado en la historia universal por la sola fuerza de su inteligencia. No es necesario ser kantiano para admirar el genio de Kant; ni la admiración importa atribuir validez actual a sus opiniones filosóficas fundamentales. Fué un genio en función de su tiempo, como Heráclito y Epicteto, Bacon y Descartes; los grandes filósofos, creadores de un sistema o fundadores de una escuela, pensaron bajo ciertas condiciones, aplicando sus aptitudes excepcionales al saber de su época. ¿Un siglo después, pensando sobre otro saber, alguno de ellos hubiera construído su precedente sistema? Queremos con esta pregunta legitimar la distinción radical entre los valores históricos y los valores actuales de la filosofía, limitando con exactitud este nombre a la metafísica considerada como hipotética pura de lo inexperencial.

Siendo disciplinas distintas la filosofía y su historia, podemos afirmar a un mismo tiempo, sin contradecirnos, el genio de Kant y la invalidez de su sistema, que hoy pertenece a la paleo-metafísica. Sería absurdo, por otra parte, que para celebrar el segundo centenario de su nacimiento, todos los filisteos del filosofismo contemporáneo se sintiesen obligados por un instante a ser kantianos, olvidando que no lo fueron los filósofos que dieron lustre a la cultura alemana en el siglo XIX.

En ningún caso nos parece más justificada la definición del genio como una larga paciencia. Hasta la edad de 57 años, en que publica la *Crítica de la Razón Pura* (1781), Kant es un perfecto profesor universitario, diestro como pocos en el arte difícil de aprender y enseñar lo aprendible y enseñable en las escuelas de su tiempo. Bebe en todas las fuentes, sin que ninguna sacie su sed. Todo lo comenta, sin detenerse en nada. Es incesante su rumiación de los problemas, las doctrinas y las hipótesis que se agitan en las Universidades. Si en su juventud ha tenido algunos de esos chispazos que pronostican el genio, en el curso de su larga madurez le vemos adecuarse más y más a la disciplina de la cátedra, como si la inspiración fuese un estorbo a la técnica de la filosofía; aunque extraordinario por su arte de razonar, encarna el tipo del pertinaz argumentador didáctico que nada fía al estro creador. No tiene la fiebre mística de Eckart o de Boehme, ni la visión relampagueante de Copérnico o de Keplero; y de sus predecesores inmediatos, más que al imaginativo Leibnitz se parece al parsimonioso Wolff, aunque en mucho supera a ambos desde sus propios puntos de vista.

Dadas esas características, tenía que ser tardío en la producción de obras geniales; ello equivale a decir que sus aptitudes no habrían culminado en genio si no las hubiese aplicado muchas décadas en una dirección uniforme. Recuérdese que, con ser cinco años más joven que él, Mendelssohn, era ya célebre en Alemania como filósofo, en 1764, cuando nadie fuera de Koenigsberg se habría atrevido a dar tal nombre a Kant, que ni siquiera había alcanzado su cátedra de profesor. Si ambos hubiesen muerto a la edad de 50 años, Kant en 1774 y Mendelssohn en 1779, ¿ocuparía el primero un puesto comparable al del segundo en la historia de la filosofía? Fué obra de la paciencia y del tiempo la inmensa variación con que se presentan al juicio de la posteridad.

No creemos exagerar diciendo que, después de Aristóteles y Tomás, Kant ha sido el genio de mayor prestigio

“escolástico”; esos tres monstruos de la sabiduría escrita culminaron como dioses máximos en el Olimpo universitario de los diez últimos siglos. Aristóteles ha caído ya en desuso, por no tener a su espalda un gran partido interesado en cultivar algún noe-aristotelismo; más afortunados, Tomás y Kant siguen pensando en las Escuelas contemporáneas, como ejes respectivos del neotomismo, grato a la Catolicidad y al Estado Pontificio, y del neokantismo, indispensable a la Luteranidad y al Imperio Alemán. Son muertos que seguirán cabalgando, como el Cid legendario, mientras haya papistas y tudescos dispuestos a poseer entre sus ascendientes espirituales al “más grande genio filológico de todos los siglos”.

Forzoso es reconocer que en la última centuria Kant ha prestado a los profesores de filosofía servicios más eficaces que los de Tomás. Mientras sobre el de Aquino pesa el doble inconveniente de su decisión doctrinaria y de su dogmatismo confesional, el de Koenigsberg ofrece una feliz ambigüedad al escepticismo intelectual de los incrédulos y a la unción ética de los creyentes. Tomás sólo sirve a los teólogos tomistas que simulan cultivar la filosofía, con el propósito de combatir mejor su desenvolvimiento; Kant, según las circunstancias, puede servir a todos los profesores, sin exceptuar a los mismos teólogos, sean cuales fueren sus íntimas convicciones.

Así se explica que aun fuera de Alemania —donde su culto es un legítimo asunto de honor nacional— las opiniones de Kant sean de tiempo en tiempo resucitadas “contra otros”, por profesionales que siempre las admiran y algunas veces las entienden. No cabe dudar que en ello encuentran su conveniencia; por una parte aumentan su propio mérito al presentarse como colegas de un genio tan extraordinario y por otra evitan que los del gremio les descalifiquen por supuesta incomprensión. Un verdadero profesor de filosofía —legítimo, consumado, de esos que definió Schopenhauer— siente gravitar sobre su conciencia académica el imperativo categórico de venerar las opiniones de Kant, aunque no se considere obligado a releer sus obras fundamentales, en el supuesto de que alguna vez haya resistido la prueba de leer-

las. ¿Los más no prefieren, acaso, trabar cordial amistad con él en los manuales didácticos de historia de la filosofía?

Como ex-profesor de una Facultad de Filosofía —y sin quererlo Académico actual de varias— nos creemos con suficiente competencia para declarar que la “composición técnica” de sus obras capitales (las tres *Críticas* justamente famosas) revela aptitudes razonantes no superadas, ni siquiera igualadas, en monumento alguno de la filosofía universal. Las dos primeras, sobre todo, son de una sutileza magistral. Aunque haya sido otra la intención confesada por Kant, creemos que su *Crítica de la Razón Pura* podrá ser siempre considerada como un Organum vergonzante del escepticismo, por representar éste, la posición verdaderamente crítica en los problemas gnoseológicos. En su *Crítica de la Razón Práctica*, en cambio, siempre podrá verse un Evangelio del dogmatismo, propicio como ninguno para apuntalar las “mentiras vitales” de la fe religiosa contra las “verdades peligrosas” del racionalismo incrédulo.

¿Le han juzgado así los dogmáticos de ambas laderas que se han turnado en su apología según los tiempos? Los móviles inmediatos de los diversos kantianos han sido tan contradictorios que a través de ellos el maestro resulta, como Jano, un dios bifronte. En los ambientes oprimidos por el tradicionalismo, los disconformes menos imprudentes han esgrimido a Kant contra las supersticiones dogmáticas; en los ambientes presionados por el liberalismo, los conservadores más capciosos han levantado a Kant contra el ateísmo inmoralista. Ha habido un Kantismo positivista contra los teólogos y un Kantismo espiritualista contra los científicos. Usando términos de política— tanto más legítimos cuanto menos tolerados— podría decirse que en el Siglo XIX el Kantismo ha sido la doctrina del “justo medio”, hoy predilecta del centro izquierdo contra la derecha intolerante, mañana preferida del centro derecho contra la izquierda radical. Doctrina, en suma, adecuada a la precavida burocracia universitaria que no se compromete por creencias firmes

ni se juega por principios arriesgados. La práctica le da razón, sin duda, pues el dogmatismo social acuerda todas las ventajas a los filosofistas que profesan "ideas medias", acaso así llamadas porque apenas son medias ideas.

Kant no fué el águila audaz, sino la serpiente visorera. Su propia contextura mental le impidió ser un genio renovador de la metafísica, constriñéndole a ser el más elevado arquetipo de profesor que ha existido en la humanidad. Leámosle: ¿no cree en nada? Volvamos a leerle: ¿cree en todo? Vuelta a vuelta le encontramos escéptico y dogmático, idealista y realista, liberal y conservador, incrédulo y creyente, todo con tino y a su tiempo, sabiamente, con agudeza sin par. ¿Está contra la razón? ¿Está contra la metafísica? ¿Qué significan en su tiempo esas palabras? Este es un problema importante para los historiadores de la filosofía, que en cambio prefieren glosar uno por uno los capítulos de sus obras; situando a Kant en su época reconocerían el gran valor que entonces tuvieron sus libros.

En la segunda mitad del Siglo XVIII, en un mundo que incubaba la Revolución Francesa, la Alemania de Federico II pasa por una crisis de renovación cultural que culmina en episodios tan memorables como las luchas de la "Aufklärung" y del "Sturm und Drang". Es una hora febril y accidentada. Ya ha llegado Lessing; pronto vendrá Goethe. Nadie que piense parece neutral frente a los problemas que apasionan a los intelectuales.

¿Nadie? ¿Y Kant? El reflexivo joven de Kœnigsberg se apasiona por lo que ocurre fuera de la Universidad; no un militante, sino un estudioso que aspira a ser profesor. Ha abandonado los estudios teológicos; las ciencias le atraen y Newton influye sobre su espíritu, contaminándole de Locke. En 1755, a la edad de 31 años, opta con éxito a la Docencia Privada; tiene ya 46, en 1770, cuando obtiene su cátedra de Lógica y Metafísica. Para hacer carrera creyó menester no jugar con las inclinaciones que le habrían orientado hacia "Aufklärung"; ya profesor, estudió mucho y publicó poco, mientras se combatía fuera de la Universidad.

En un dado momento influyen sobre él Hume y Rousseau. Insatisfecho con la sistematización de Leibnitz hecho por Wolff, se torna antiwolfiano. Al fin publica las tres *Críticas* (1781, 1788, 1790), terminando su obra a los 66 años de edad. Era un venerable anciano; había estudiado y enseñado durante medio siglo, sin reñir con nadie mientras todos reñían.

Aunque virtuoso de costumbres, en grado ejemplar, su vida civil fué caquética como su organismo; dicen, quienes creen poderlo saber, que su estatura no pasaba de cinco pies, endeble de osatura, pobre de carnes, el pecho casi cóncavo y el hombro derecho desviado. Toda su vitalidad era cerebral y se concentraba en razonar; si sus obras no atestiguaran que fué un genio, sus hábitos conocidos inducirían a pensar que vivió como un pobre diablo. Confinado por la rutina en Königsberg, Kant creció como una oruga en el capullo de su Universidad, criando alas para volar hacia las más altas cumbres conocidas. Sus ambiciones fueron tranquilas y mediocres, de pequeño burgués que desea ser un amable vecino de su aldea; esa independencia de las comunes preocupaciones externas le permitió intensificar su vida interior en la meditación y en la enseñanza. Todo le fué favorable en este sentido, hasta el verse libre de las cargas morales y materiales que significa la constitución y sostenimiento de un hogar. ¿Un Kant con deberes de familia habría podido componer las tres Críticas? ¿El tiempo que aplicara a vivir no lo habría perdido para filosofar?

En realidad debió concebir su propia perfección, su entelequia, como una máquina de razonar, no perturbada por pasiones del intelecto o del corazón, inalterable por asuntos públicos o privados; si no lo consiguió, se le acercó tanto como los más ejemplares estoicos y tuvo por cierto el físico del rol. Y no se entienda esto como una acusación de acritud, malhumor o misantropía, por más que contribuyó eficazmente a expulsar de Alemania el eudemonismo de la "Aufklärung"; Kant era un vecino chistoso, suelto de len-

gua, amante de sencillas tertulias, informado de la crónica general. Sus biógrafos no dicen que fuera bromista y el pietismo circundante excluye que gustara de bailar, como se refiere de Sócrates. Tuvo, al parecer, una laguna; pero un escrito suyo, de 1764, contiene páginas sobre lo bello y lo sublime, en relación con los sexos, que inducen a sospechar lo contrario. El esquivo profesor estaba en vísperas de la menopausa; peligroso momento.

Aunque a través de ciertos escritos suyos nos hemos formado la convicción de que Kant, fué, a sus horas, ateo y republicano, reconocemos que tuvo la prudencia de no atraer sobre su persona disgustos políticos o religiosos, con la excepción del que turbó su ancianidad al publicar *La religión en los límites de la razón pura* (1793); Kant capeó esta única marejada comprometiéndose como fiel sujeto de su Real Majestad a no enseñar ni escribir sobre la religión. A pesar de su extraordinaria sutileza crítica, no tenía temperamento de polemista, ni contextura física de combatiente. ¿Para qué turbaría su tranquilidad? ¿Dónde habría podido readaptarse el profesor de Kœnigsberg si le tocara en suerte ser destituido o desterrado, como tantos de sus contemporáneos que promiscuaban su filosofía con política y religión? No conviene olvidar ciertos hechos expresivos. ¿Su antecesor Wolff no había sido destituido y proscrito en 1723, acusado de irreligión y de inmoralidad que conducían al ateísmo y al fatalismo? ¿Y su continuador Fichte no fué después obligado, en 1799, a dejar la cátedra y a huir a los estados sajones bajo la imputación de análogos delitos? Antes y después, los tiempos eran de lucha.

La falta de pasiones humanas, de "humanidad" vivida, fué el secreto de la producción genial de Kant; su obra no resultara magna en su género si hubiese padecido veleidades diplomáticas internacionales como Leibnitz o exaltaciones políticas naciolistas como Fichte.

Fácil es advertir que Kant se propuso resolver el problema que más preocupaba a los universitarios de su tiempo y

que en sus cursos de profesores había tratado bajo diversos aspectos comentando en lógica a Baumeister y Meier, y en metafísica y moral a Baumgarten. Estaba en tela de juicio la naturaleza, los principios y el valor del conocimiento. ¿Qué parte correspondía a los sentidos y a la razón? Los bandos extremos se agrupaban pro o contra Locke. El problema venía planteado desde la antigüedad y la idea de someter a un examen crítico el conocimiento humano había acompañado a las disputas seculares entre dogmáticos y es-
góticos, innatistas y empiristas, racionalistas y sensacio-

una cosa ni otra. Leibnitz le allanó el camino, pues conciliaba el inneísmo y el empirismo en una fórmula que permitía la coexistencia de las ideas a priori y de la experiencia. Feliz hallazgo: "nisi intellectus ipse". Partiendo de esa premisa Kant renovó con arte extraordinario el problema y caracterizó su propio método como una crítica del conocimiento, encaminada a probar la inutilidad de toda metafísica dogmática o escéptica fundada en la razón, es decir, racionalista. La *Crítica de la Razón Pura* iba contra los teólogos y contra los empiristas, pasando sobre el cadáver de Wolff, muerto en 1754. ¿Evitaba, sin embargo, toda complicidad con Hume?

Se habla siempre del "antidogmatismo" de Kant y se repite que Hume le "despertó del sueño dogmático", enseñándole a desconfiar "del alcance del espíritu humano y del valor de las especulaciones metafísicas". ¿Es posible comprender hoy el sentido de esas frases hechas sin tener presente el que tenían en 1780? Dogmáticos y metafísicos eran los teólogos, los racionalistas y los empiristas, que representaban la confianza en la revelación, en la razón o en la experiencia, como fuente del conocimiento.

¿De cuál sueño dogmático despertó primero? Es sabido que Kant fué educado en un ambiente pietista; nadie ignora el valor fideísta y moral de esta rama del luteranismo, muy difundida en aquella época entre los teólogos universitarios. A la edad de diez y siete años Kant ingresó a la Universidad de Koenigsberg para estudiar teología y hacerse pastor. El estudio le apartó del ministerio. En sus primeros escritos ha abandonado ese dogmatismo; la acentuada influencia de Newton, le inclinó a la filosofía matemática y naturalista, evolucionando del partido de la fe al partido de la ciencia, como se decía por entonces. En asuntos religiosos, Kant se mantuvo en la corriente racionalista inspirada por Leibnitz y Wolff.

Sobre su verdadera posición filosófica, si tenía alguna en esa época, cabe dudar. Desde que le nombraron Docen-

te Privado (1755) hasta que consiguió su cátedra de Profesor (1770), publicó dos trabajos expresivos de alguna tendencia. El primero es el *Estudio sobre la evidencia de los principios de la teología natural y de la moral* (1764) bastante hiriente para la metafísica de lo suprasensible aunque influido por el dogmatismo racionalista y destinado a conseguir un premio de la academia de Berlín, que fué discernido a Mendelssohn; el segundo, publicado anónimamente, *Los sueños de un visionario aclarados por los sueños de la metafísica* (1766) es un trabajo más bien volteriano y zumbón en que se burla de toda la metafísica. ¿Era más sincero en su escrito prudente de aspirante a laureado o en sus páginas anónimas de libre polemista? Aunque es imposible probar nada en materia de sinceridad, nos inclinamos a pensar lo segundo; es más humano. En ambos casos Kant aparece emancipado del dogmatismo teológico, aunque al perder las creencias religiosas de su pietismo inicial conserva lo mejor de él, su culto ferviente por la moralidad.

Todavía es dogmático, sin embargo, en 1770, cuando consigue su cátedra de Lógica y Metafísica. ¡No más alegres herejías anónimas! Una cátedra, en sus tiempos, no era compatible con travesuras de sabor "libertino"; un neto liberalismo le habría anticipado peores disgustos que los motivados veintitrés años más tarde por su crítica de la religión. Sin embargo, en la lucha entre la Razón y la Fe, entablada bajo varios disfraces filosóficos desde el Renacimiento, Kant está por la Razón, evidentemente; pero su dogmatismo no es el de la izquierda empirista que ve superado a Locke por Condillac, cuya primera obra es también un *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* (1746), a poco seguida por el formidable *Tratado de las sensaciones* (1754) que escandalizó a todos los tartufos universitarios. ¿Leería Kant, poco después, el tratado *Del Espíritu* (1758), de Helvecio, que a los pocos meses de su aparición era célebre y admirado en toda Europa? En 1770 Kant continúa en paz con la derecha racionalista capitanea-

da por Wolff y que dominaba en la enseñanza oficial alemana.

De todos modos, en la segunda mitad del Siglo XVIII los "filósofos", eran considerados enemigos de las religiones positivas reinantes, perseguidos por la Iglesias aún poderosas y calumniados por los teólogos, que se consideraban depositarios de verdades reveladas, tradicionales y definitivas. Entre el empirismo y el racionalismo la elección del segundo era casi forzosa para los profesores universitarios; ¿quién se habría expuesto a que le tacharan de materialista, ateo, inmoral, sensualista, y todas las demás injurias corrientes contra los empiristas? El caso de Kant era común al centenar de colegas suyos que no eran "obscurantistas" pero temblaban ante el peligro de que se les considerase "libertinos". Eran los términos que ya circulaban.

El segundo sueño dogmático, del que le despertó Hume, fué el racionalista, más o menos wolfiano, vagamente tocado de filosofía de las luces. El escepticismo le indujo a criticar la Razón como fuente del conocimiento metafísico, sin aceptar por eso otros puntos fundamentales de la doctrina de Hume. ¿Era, en realidad, escéptico al publicar su primera Crítica? Es difícil resolver el punto, aunque su contemporáneo Hamann le llamara "un Hume prusiano" y tuviera parecida opinión Jacobi; diremos, más bien, que razonó como un escéptico, aunque tuvo después la preocupación de no parecerlo.

No aprovecharemos la oportunidad para hacer un míserimo resumen de las ideas de Kant; más cómodo sería, en todo caso, copiar alguno de los excelentes que figuran en las enciclopedias, manuales y aun almanaques filosóficos. A nadie engañaríamos con glosarlos.

Lo importante es señalar que Kant desenvuelve con lógica admirable el "nisi intellectus ipse" de Leibnitz, contra el empirismo; y que una vez integradas las fuentes del conocimiento, por la alianza de la razón y la experiencia, le aplica con asombroso ingenio la crítica reclamada por Hume para determinar su valor y sus principios.

¿Fué despreocupada esa crítica? Si debía ser una lógica, como lo fué, confesamos que comenzó bien y concluyó mal, presionado su entendimiento por profundas preocupaciones extralógicas.

Ni el puro racionalismo ni el empirismo puro le parecieron suficientes para fundamentar la moral y la religión que consideraba necesarias, ocurriendo otro tanto con el escepticismo. Kant se propuso entonces probar, haciendo una esgrima lógica sin precedentes, que no era forzoso tomar partido por cualquiera de esos tres puntos de vista, pues ninguno podía ofrecer la certidumbre de estar en lo cierto, según la crítica.

Sus sentimientos profundamente morales, conservados del pietismo, le defendían de caer en el empirismo, que era considerado inútil para cimentar "la moral y la religión que conviene a la humanidad". ¿Hacia dónde mover sus pasos? Nunca se repetirá demasiado que fueron preocupaciones de orden moral las que determinaron el pensamiento de Kant en la edad madura a punto de ahogar su lógica de escéptico en su ética de dogmático. Después de negar en nombre de los derechos de la razón toda posibilidad de una metafísica fundada en la razón misma, Kant acometió la honesta empresa de rehabilitar en nombre de los derechos de la fe todos los dogmas metafísicos necesarios para la moral y la religión. Con ello Kant creyó realizar el milagro de la prudencia ecléctica, salvando los reductos del dogmatismo social. Si con la *Crítica de la Razón Pura* había dado un golpe en el clavo, con la *Crítica de la Razón Práctica* dió otro en la herradura.

Kant, a nuestro juicio, podría ser estudiado como un

ción de toda filosofía propiamente dicha, dado que fuera de la metafísica sólo tiene derecho a existir la ciencia en el mundo de lo fenomenal y la fe en el mundo de lo no conosci-ble (que no llamamos numenal porque Kant dió diversos sentidos al mismo término). Si ese fué su intento, como creemos, todo propósito de investigar los problemas metafísicos importaría en lo sucesivo desacatar la sentencia de Kant que los declaró implantables e insolubles, "frutas prohibidas". ¿Hicieron otra cosa Fichte, Schelling y Hegel al intentar reconstruir la metafísica sobre los sillares del propio criticismo, que era un método y una disciplina más bien que un sistema?

La obra de Kant, coronada por la *Crítica de la Razón Práctica*, se caracteriza por su actitud análoga a la de los pragmatistas frente al "valor" de las doctrinas, las ideas y las creencias. En atención a su utilidad, para la disciplina social, Kant declara necesarios, según la razón práctica, ciertos dogmas metafísicos sin los cuales no podrían existir la moral y la religión. Después de haber sido rigurosamente crítico frente a los filósofos, Kant se resolvió a ser heroicamente dogmático ante los creyentes. ¿La salvación de la moral no merecía el embotellamiento de la lógica?

En lo alto de las facultades humanas encuentra Kant la voluntad y no la razón; mientras ésta nos arroja a la duda, aquélla nos inclina hacia la fe, obrando como tutor natural de nuestras creencias morales y religiosas. Todo lo que no se puede demostrar por la razón, debe aceptarse por la voluntad de creer, pues el hombre tiene el deber de profesar ciertas creencias necesarias; los tres mitos clásicos no los presenta como dogmas teóricos, sino como postulados indispensables para la posibilidad de una conducta moral. Kant opone sin escrúpulos la fe a la razón, cuando habla de esa especie de guía subjetiva que orienta nuestras creencias hacia principios de utilidad en el terreno práctico; la convicción no es una certidumbre lógica, sino una certidumbre moral. ¿La crítica explica que la razón pueda presentarse bajo ese aspecto práctico? Es inverosímil. Kant no lo pretende siquiera, pero parte de ello como de un supuesto nece-

sario: existe una ley moral que emana de la razón e impone al hombre el deber.

Prescindiendo del ateísmo latente detrás del panteísmo moral de Kant, cuyo Dios es la voluntad que tiende hacia el bien y cuya religión abstracta es un puro culto de la moralidad, consideramos que nunca un escritor filosófico ha tomado una posición más neta contra toda filosofía que Kant en la *Crítica de la Razón Práctica*. Un libro entero podría escribirse para demostrarlo y dar así un maestro ilustre a ese pragmatismo norteamericano que ha venido a predicar la necesidad de creer en lo que nos conviene.

Harto sabemos que el criterio reinante en los medios filosóficos profesionales difiere del expuesto y que estas opiniones podrían merecer el usual dicitio de ignorancia o incompreensión. Kant es ya un sér mitológico en las Escuelas y opinar sobre los dioses ha sido equiparado a blasfemar. Kant merece ese culto. Con su dogmatismo práctico sirvió al filosofismo universitario, que no es almacigo de genios creadores sino huerta de medianías didácticas; le entregó el más sabio instrumento inventado por "la hipocresía de los filósofos" para restaurar en el terreno de la moral todo lo que se destrona en el de la lógica, señalando el camino que sin dejar de conducir a Dios, permite conversar en el trayecto con el Diablo.

Estas reflexiones muestran cuán áspera es la tarea de escribir sobre Kant con motivo de su centenario, para quien no es kantiano y tiene algún sentido de la dignidad intelectual. Sería más cómodo repetir ciertas tonterías honrosas para la memoria de los hombres célebres y que ya han sido estereotipadas por su posteridad; pero la historia no debe ser una fábula para niños, una mitología para colegas o una novela para compatriotas. Hemos hablado de Kant como de un hombre y no como de un dios; hemos considerado su obra como el raciocinio de una mente humana y no como la revelación de un sér sobrenatural.

Su arte escolástico, causa de su gloria ya secular, lo fué

también de ciertos excesos de técnica profesional que restaron vuelo a su pensamiento: demasiadas cuadrículas, excesivas logomaquías, múltiples paralogismos, cuyo análisis exigiría un libro menos atropellado que la famosa *Metacritica* con que le catapultó su discípulo Herder en 1799.

— *Conf. de la Universidad de Göttingen, series by*

tica la necesidad de ciertas hipótesis metafísicas que él mismo había considerado ilegítimas ante la pura razón.

Kant no fué idealista en el único sentido filosófico de esta palabra, aplicable antes a Berkeley y después a Schelling y Hegel; su idealismo moral es el compatible con todos los sistemas metafísicos.

Kant ha sido en teoría el más severo adversario de toda nueva metafísica que significase un progreso de la filosofía y en la práctica resultó el más obsecuente aliado de la metafísica tradicional. Siendo absolutamente ateo, Kant se preocupó de disimularlo explicando en términos religiosos su riguroso panteísmo moral, para no herir de frente las creencias reinantes en su medio; incurrió así en la hipocrésia común a casi todos los filósofos.

Aunque el eclecticismo pragmatista de Kant carece de valor filosófico actual, su obra constituye uno de los más grandes monumentos legados por la razón humana a la admiración de los historiadores de la filosofía.

(De RENOVACION. — Buenos Aires).

N. de la R. Circunstancias especiales, relacionadas con la época de la publicación de esta revista, nos impidieron adherir al homenaje universal que se le hacía a Kant, en abril de este año, con motivo del segundo centenario. Sin embargo, aprovechamos la oportunidad, y para solaz espiritual de los lectores de ESTUDIOS reproducimos el magistral artículo del Dr. José Ingenieros acerca del filósofo de Koenigsberg.

Como un dato curioso e interesante consignamos el hecho de vivir en una provincia de nuestra república (Chiriquí) el señor Emilio Kant, el único descendiente varón de la familia del gran sabio.

EL SECRETO DE ANATOLE FRANCE

Por E. GOMEZ CARRILLO

Francia celebra en estos momentos, con piadosa emoción, el jubileo de Anatole France. Todas las flores de la retórica oficial, de la retórica académica, de la retórica periodística, llueven gravemente sobre la cabeza blanca del glorioso octogenario. Y el único que, en medio del homenaje, se atreve a sonreír con algo de ironía es el maestro mismo, que murmura «Es demasiado», con un gesto de asombro pueril, que hace pensar en la Pisanela cuando la lluvia de pétalos que ha de ahogarla comienza a caer sobre su cuerpo. En realidad, lo que más debe divertirle no es que las corolas sean tan abundantes, sino que sean tan uniformes. Desde los ministros hasta los *reporters*, todos buscan en esta circunstancia rosas que sean símbolos de claridad cristalina, de orden armonioso, de pureza marmórea, de sencillez helénica, de gracia natural, espontánea, cándida, fácil, simple.

La prosa del sublime prosista resulta, a través de las definiciones que de ellas hacen sus admiradores, un manantial claro que surge sin esfuerzo de las profundidades geniales de la raza. El elogio es muy antiguo, que ya en el *Jardín de Epicuro* encontramos las líneas siguientes, que protestan contra ese error: «Diré, pues, que no hay estilo sencillo; lo que hay son estilos que parecen sencillos y que conservan largo tiempo un aire juvenil. Lo único que nos queda por buscar es la causa de esa apariencia feliz. Y pensaremos, naturalmente, que la deben, no a menos riquezas de elementos diversos, sino a que esos elementos están mejor fundidos y forman un todo en el que las partes no

se distinguen. Un buen estilo, en suma, es cual el rayo de luz que entra en mi habitación en este momento y que debe su claridad pura a la mezcla íntima de los siete colores que lo componen. El estilo sencillo es la luz blanca. Es complejo y parece simple. La sencillez bella del lenguaje no es sino una apariencia». ¿Hay en estas declaraciones una especie de coquetería de ser impecable que no quiere parecerlo...? Muchos, ante la transparencia, de las páginas del maestro, en las cuales las frases corren, rítmicas y espontáneas, como las aguas de un arroyo, lo han creído y lo han proclamado. El mismo Moreas aceptaba el dogma de la naturalidad sin afeites de Anatole France. Y agregaba:

—Por eso resulta tan monótono...

Pero se equivocaba. El estilista que ha compuesto con las mismas manos doctas y pacientes *Thais* y *la Rotis serie de la Reine Pedanque*, *Le Lys Rouge* y *Le Mannequin d'Osier*, *L'Etui de Nacre* y *Le Crime de Sylvestre Bonard*; el mago cuyas frases cantan con igual perfección ardientes himnos de amor y epigramas ligeros; el pintor que lo mismo nos ofrece inmensos frescos, en los cuales palpitan los esplendores antiguos, que diminutas tablas, en las que brillan los perfiles maliciosos de las parisienses; el coroplasta que, después de una ánfora, modela una figulina danzante, y después de una estela funeraria cincela una metopa báquica; el que, con la materia flotante del idioma, ha realizado la unión de las artes soñadas por los wagnerianos; el que pone en sus obras música, color y línea, el incomparable maestro de todos los maestros, no es monótono. Es inconfundible. Sus páginas llevan siempre el mismo sello, y su lengua tiene siempre el mismo acento. Pero dentro de esa singularidad que constituye el estilo y el carácter, el número, el ritmo y el movimiento, son infinitos.

—Infinitos, tal vez... Fáciles, no...

Y estas últimas palabras no son yo quien las pronuncio, sino el propio Anatole France. Hay que leer el testamento literario en el cual el maestro confía a uno de sus discípulos el secreto de su arte, para darse cuenta de lo que significa el trabajo, el esfuerzo, la labor escrupulosa, dentro de la realización literaria. Venid, hermanos míos; ve-

nid, vosotros los que creéis que se puede escribir cual los pájaros cantan; venid a escucharme estas confidencias que casi son de ultratumba, si queréis tener una idea de la paciencia que se necesita cuando se quiere llegar hasta el milagro. ¿No habéis dicho más de una vez con orgullo que sois capaces de enviar vuestras cuartillas a la imprenta sin leerlas? Pues leedlas después de publicadas. Y si no encontráis en ellas nada que os cause vergüenza, es porque, verdaderamente sois incorregibles. Corregir; he ahí la clave del arcano.

El autor de *La vida de Jesús* —a quien también se considera por todos como uno de los brujos de la sencillez fácil, cristalina y espontánea— corregía seis veces las pruebas de sus libros. ¿Os espantáis, hermanos? Pues Anatole France, en esto como en todo, va más allá que Ernesto Renan. Anatole France corrige siete pruebas, para quitar y poner; para quitar, sobre todo; y también para buscar el ritmo, que no sólo depende de la medida, sino también de la puntuación, y para dar relieve a las imágenes; y para limar los ángulos que se forman al pasar de un párrafo a otro; y para limpiar las frases de conjunciones, de consonancias, de repeticiones.

—Ante todo —dice, dirigiéndose a su joven amigo— hay que arrancar las malas hierbas del *qué*, del *pues*, del *quien*, del *por lo cual*, del *cuyo*, del *tanto más*, que dan a la prosa un aire collituerto. Para eso, resulta necesario desterrar el punto y coma, signo bastardo, que no es ni punto ni coma, y que si convenía en la época de las arengas y de las oraciones fúnebres para marcar el reposo en el período, hoy es inútil. Hoy, en efecto, vivimos en la era del telégrafo. Así, hijo mío, cuando puedas cortar la frase, apresúrate a hacerlo. La más bella frase es la más breve. Las frases amplias y melodiosas comienzan por mecernos y acaban por dormirnos. Y en cuanto a las transiciones, búrlate de ellas. La mejor manera de pasar de un párrafo a otro sin que el lector lo note, es dar un salto ligero.

Al llegar aquí me parece oír decir a algunos de los que creen en el estilo fácil:

—La prueba de que no se trata más que de teoría está

en que en esas mismas líneas hallamos repeticiones y conjunciones.

Cierto. Sólo que son repeticiones voluntarias y conjunciones inevitables. El arte de escribir es el que de menos elementos dispone. Las palabras que expresan el movimiento general de la vida son siempre las mismas. Para arreglarlas de manera que suenen musicalmente y que no choquen por su pobreza, se necesita un cuidado exquisito.

—En un escritor digno de ser estimado —dice el maestro—, las repeticiones no existen, hijo mío. Sin duda encontrarás en mis párrafos una palabra que vuelve a menudo. Es el *leit-motiv* de la sinfonía. Reemplazarlo por un sinónimo, sería locura. No hay sinónimos. Un vocablo no fastidia con sus retornos más que cuando está mal colocado. Respeta, pues, la palabra y cambia la frase.

Luego, ampliando su enseñanza agrega:

—En el fuego del trabajo de escribir, nos dejamos a veces, llevar por los entusiasmos pindáricos. No gargarizamos con nuestros propios ritmos. Y poco a poco llegamos a no distinguir lo falso de lo legítimo. Por eso hay que trabajar en las pruebas, con la pluma y las tijeras, cortando, cambiando. La operación de cortar es cruel, pero inevitable. En las primeras pruebas trato de limpiar la prosa de lo inútil, de poner los párrafos en donde deben estar las frases. Al fin, en la quinta prueba, no me ocupo sino de los adjetivos. Algunos escritores buscan el resorte de sus efectos en el verbo. Yo tomo cualquier verbo, el más modesto, el que mejor indica el movimiento. Luego me consagro a cuidar los adjetivos. En este punto soy un discípulo de Voltaire. Acuérdate, joven, de que el patriarca de Farnay decía de los adjetivos: ¿Para qué prodigarlos, si han de expresar lo mismo? Si los multiplicamos, hay que contrariarlos. Y no hay que desdeñar tampoco el adjetivo negativo de una belleza inesperada...

La sexta prueba es la que le sirve para dar ligereza a las frases demasiado ricas y para verificar la exactitud de los documentos. Anatole France no puede consolarse de haber dicho, en su famoso cuento del *Procurador de Judea*,

que el Vesubio humeaba... En la época de Jesús, el Vesubio no había aún despertado de su sueño milenarío. No fué sino en 55... Y si decís que eso no es gran cosa, hermanos míos, el maestro os contestará que no sabéis lo que es escribir. No hay que equivocarse, en efecto. La literatura es un arte exacto, como las matemáticas son una ciencia exacta. Dentro de esas exactitudes, caben todos los ensueños y todas las fantasías. Lo que no cabe es la ignorancia y el descuido. El descuido, sobre todo ese descuido que se llama desenfado...

—Por eso —dice el maestro—, después de corregir yo mismo mis seis primeras pruebas, la séptima la pongo en manos de otra persona que ve lo que yo no he logrado ver...

Y agrega:

—Cuando leo esa última prueba corregida, me avergüenzo de lo que siempre se me ha escapado...

Tal es, en resumen, la retórica del estilista más puro, más armonioso, más expresivo de nuestra época. No es más que un esbozo, una indicación personal. Pero así y todo, yo encuentro en él una substancia más generosa que en todos los tratados que se enseñan en los Institutos. Porque en sus frases breves está la gran humildad del que, siendo considerado cual un mago, confiesa que la magia es un esfuerzo, y nos repite, ennobleciéndola y santificándola, la frase admirable del naturalista que dijo: «El genio no es más que una larga paciencia». Así, hermanos míos, he traducido para vosotros esas palabras con la misma fe y la misma esperanza con que los antiguos escribas de Alejandría ponían en griego los versículos arameos de los actos de los apóstoles.

París, abril de 1924.

(Del REPERTORIO AMERICANO, Costa Rica).

LA PSICOLOGIA EXPERIMENTAL

Por ADOLFO M. SIERRA

(Argentino)

Después del horroroso choque beligerante de estos últimos años, dice Pieron, el orden de las relaciones científicas internacionales comienza a restaurarse, y la psicología es una de las ciencias más favorecidas en este sentido, ya que los problemas de la última guerra han abierto a su visión nuevos panoramas espirituales y novísimos campos de expresiones. La ciencia psicológica, continúa Pierón, se halla en vía de progresos rápidos, útiles y definitivos...

Como se ve, no puede ser más explícito ni categórico el ilustre profesor de la sobornne y Redactor en Jefe de *L'année Psychologique*. Antes de la guerra algunos espíritus fatigados, entre los cuales puede citarse al propio Alfredo Binet, se sintieron descreídos y un tanto cuanto amargados ante los resultados todavía demasiado confusos y no pocas veces contradictorios, que hasta esa data ostentaban los archivos de los laboratorios de psicología experimental. ¡Desde el año 1873, época en que Wundt fundara en Leipzig el primer laboratorio de Psicología experimental, en el mundo, hasta los tristes días premonitorios de la gran catástrofe guerra (1914), qué ingrávigo y mezquino había sido lo logrado! Salvo algunas adquisiciones más o menos controvertibles de orden sensorio (psico fisiología), poco o nada habían conquistado los psicólogos experimentalistas en el terreno de los problemas espirituales, o en la utilización práctica de los hechos acumulados. Tal discurrían los críticos adversos a los métodos experimentales en psicología. Como Kant que en su célebre epístola a Sommering denega-

ba a la psicología la posibilidad siquiera de erigirse en ciencia, ya que los materiales que abordaba escapaban, según él, a la medida y al cálculo, así también Francisco Brentano preconizaba en sus postreros años de publicista que la psicología no debía ni podría aspirar a otros métodos que a aquellos meramente empíricos, y por lo tanto basados en la introspección. El contagio mental de estas críticas negativas, demasiado acervas en ciertos momentos, fué tan intenso, que no pocos espíritus reflexivos cedieron a su influjo. El propio José Ingenieros, entre nosotros, tan avisado y honrado de suyo, dejóse impresionar de escepticismo y en la 5ª edición de sus *Principios de Psicología* (1916) escribía textualmente: "Medio siglo de psicometría no ha bastado para ensanchar los dominios de la experimentación más allá de límites exiguos sin que por ello sus resultados sean hoy menos inexactos que antes". Mas adviértese claro que al hablar de los censores del método experimental en psicología, en modo alguno entendemos referidos a Mr. Postileff. No; este grafómano nada alberga de común con la seriedad del tema decentado. Su difundido libro intitulado *La Crise de la Psychologie Experimental* en un burdo ingrediente para la galería. Se habla allí de técnicos experimentales que desconoce; critica dispositivos que jamás contraloreó personalmente, y preconiza métodos científicos a seguir imposibles de poner en práctica. Su "Crise de la psychologie" etc., más que un libro de crítica científica sugiere la sensación, como dice Claparede, de un confuso programa de estudios sobre tópicos heteróclitos e irrealizables. Y así, es leyendo publicaciones del jaez de esta de Mr. Kostileff que cobra sentido real la amarga frase de Dantón: ¡demoler por demoler a qué conduce! Es más, hablando Mr. Kostileff de la bancarrota de la psicología experimental, produce el mismo efecto que a un ciego de nacimiento que por el perfume de las flores quisiera adivinar sus colores.

Al Margen de los Libros

A cargo del Licenciado Manuel Roy

TRES LIBROS DE LA EDITORA INTERNACIONAL (*)

INGERBORG: *B. Kellermann*. En esta ocasión se nos presenta el autor de aquel maravilloso libro de pura imaginación que se llama "El Túnel", bajo una faz enteramente distinta. No es ya el épico cantor en prosa de los milagros que la Ciencia y el Genio del hombre realizan en sublime connubio, sino el novelador de una alma rara y solitaria, y por cima esto, el mago del viejo bosque; encantador que nos descubre sus bellezas, las divinas armonías que pueblan sus contornos y se escapan por entre las ramas de sus árboles centenarios.

Una vida misteriosa, pero potente y llena de atractivo vela al rededor del bosque y en todos los seres y plantas que él habitan; bosque encantado para el hombre que comprende y ama la Naturaleza! Y como una flor nacida en el corazón mismo del bosque: Ingerborg!... Ingerborg, la de las dulces pupilas "como turquesas brillantes", de tez nevada, tierna como el blanco cervatillo bíblico, y libre como la más libre de las aves de su bosque.

Como siempre, como en la vida, allí en ese eglógico lugar, donde al parecer reina eterna placidez, la tragedia del amor también se desarrolla, aunque no reviste tonos encendidos, resulta sí la tragedia plena de tristeza, dolorosa y sentimental de dos vidas rotas por la pasión de Ingerborg; un artista estilo Renacimiento, que exhala al morir junto con el último aliento la postrera armonía de su mágico violín, que es la de su alma lírica y enamorada... En tanto, un soñador, frente al bosque, en vetusto y romántico castillo,

(*) Los libros de la Editora Internacional se encuentran en la "Librería Minerva" de F. Velarde.

añora días felices de pasión, idos para siempre, y es la suya una larga, interminable agonía, dulce y silenciosa. En el más leve rumor del bosque cree oír la voz de Ingerborg, y en cada sendero u oculto recodo su alma espera ver surgir la luminosa aparición. . . .

Frente a la desolación infinita de los pobres humanos, el viejo bosque se renueva, parece que el alma selvática y poética de Ingerborg —dríada fugitiva— lo animara eternamente. Y mientras los hombres sufren por la ingrata, tan lejana, ella obedece el mandato irresistible de su destino, y cumple su misión bajo el sol, como un pájaro, o una flor. . . Y el bosque centenario, impasible como un dios antiguo, indiferente al dolor humano, se renueva en cada primavera!

EL REY: *Karl Rosner*. El compilador de "Las memorias del Kronprinz", publica un libro, al parecer trunca- do, en el cual se acentúa el deseo de excusar la actitud de uno de los jefes de Estado durante la Gran Guerra. Con tal propósito nos hace asistir a los delirios de una alma dé- bil y martirizada, que se esconde bajo una apariencia de firmeza y de heroicidad.

Es la época de la última gran ofensiva germana; ocul- tamente, misteriosamente, se prepara el ataque definitivo que ha de dar el golpe de gracia a las potencias coaligadas. Vense pasar los principales actores de la tragedia, próxima a estallar: el Kaiser, el Kronprinz, los Mariscales Hinder- burg y Ludendorf, oficiales y soldados: todos los que anhe- lantes esperan y se preparan para el encontronazo definiti- vo. Horas desesperantes, de angustia infinita en las cuales los minutos que preceden a la hecatombe tienen la duración de siglos. Luego, tardía, pero inexorablemente llega la ho- ra fatal. El ataque empieza:

"La una y nueve. . . El minuterero corre en la luz del farol de bolsillo.

Y de repente retumban coléricas las sombras. . . y vuel- ve a tronar. . . y otra vez. . . Y segundos más tarde se

desgarra el palio cerrado del cielo... Es como si unos puños furiosos sacudiesen la luz escondida tras el velo negro y la arrastrasen fuera de las sombras nocturnas...

¡Redención!...

Las manos revolotean; indican aquí y allá. Interjecciones, gritos, palabras que rompen sus cadenas, y saltan de los labios, y se pierden en la noche alborotada...

Toda la lejanía se ha despertado de golpe... Se desata multiforme; se levanta tambaleándose en el horror de la noche truncada... y se abalanza sobre ella con furor... con rabia, con locura... Los abismos se abren rugiendo y vomitando fuego rojo... Purpúreos, como acero en fusión, son esos incendios. Y tienen reflejos amarillos, verdes, morados... Como gavillas inflamadas salen de las bocazas de los cañones... como lavas de un volcán... como un surtidor de centellas... como el salpicar de un torrente de fuego... Y se remontan al firmamento de donde de repente han desaparecido las estrellas... y describen una parábola ígnea... y derraman sobre la tierra su jugo mortífero y la rajan con sus martillazos fieros... Y de los sotos se alzan cráteres horribles que lanzan sus escupitazos de hierro a los campos estremecidos...

Arriba, en la plataforma de la torre que el viento mece, nadie habla ahora.

Como hipnotizados están todos; el uno en la rampa, los otros detras de él...

Todos lo saben: la Fatalidad avanza...

Una vez, cuando se oye un tableteo más fuerte y cuando un llamear más claro ilumina el soto, pregunta algo el general...

Pero nadie se mueve, nadie le contesta; nadie... Como si hubiesen perdido el habla: igual...

Y el cielo sigue en sus convulsiones agónicas.

Cientos de cíclopes han salido de los cráteres cenagosos y de los abismos sangrientos de la tierra, y se han abalanzado sobre la noche. Y ahora la ahogan, la zarandean despiadados. Y ella abre su seno febril, y jadea y flaquea y muere...

Los reflectores titubean, mariposean en el horizonte, y luego ahuyentados, latigueados por el oleaje de fuego, suben a lo alto... y allí se esfuman, se disipan, víctimas también de este flujo de llamas que todo lo anega, que todo lo inunda...

Pero en el horror inhumano de esta grandiosidad vuelven a serpentear los cometas blancos, rojos y verdes de las granadas luminosas... Parecen niños... se quedan parados, encogidos, palpando, buscando durante unos minutos, medrosos ante el horror de este infierno, y luego se desploman poco a poco, apagándose, muriéndose...

Y contemplándolos cómo nacen y viven y acaban, el Rey piensa algo que le hace estremecer:

“¡Criaturas...!” se dice. Y luego “¡Hombres!... ¡Hombres de carne y hueso que están allí y lo tienen que soportar...!”

Vuelve a alzarse una bomba de luz... culebrea hasta el cielo... apaga las estrellas... y se desploma... se deshace en una lluvia de centellas rojas sobre el Imperio de la Muerte.....”

Después, la rota. El rey desesperado y triste busca refugio y se aleja para siempre: una monarquía centenaria y hazañosa que se derrumba... Inmensa tristeza en las almas, y como final del libro: “El tren sin luces, sombrío, corre a toda marcha por la obscuridad”.

LA VIRGEN DEL SOL: *Otfrid von Hanstein*. Novela del tiempo de los Incas gloriosos, fines del reinado de Huiracocha, “Lágrima Sangrienta”, y comienzos del de Yupancui el Grande. Bien venida sea. Hora es ya de que esas épocas fastuosas de las grandes civilizaciones indo-americanas tengan sus cantores. Y cuando decimos cantores no nos referimos únicamente a los poetas, sino también a los novelistas, que saben idealizar los sucesos y las cosas, y elevar los espíritus a las inmortales regiones donde mora nuestra madre santísima la Belleza.

Sombra divina de Salambó, pálida sombra de Sónnica la Cortesana, cómo surge vuestro recuerdo leyendo estas páginas de reconstrucción histórica que forman "La Virgen del Sol".

Vense allí también delineados y aparecen con todas sus características príncipes, nobles y plebeyos, sabios o *amautas*, sacerdotes del dios Inti (Sol) con su pontifice, el *huillac-umo*, o cuidador de los tesoros del Templo de Inti; *macoayas* (esposas de los Incas) y las *acllas* o vírgenes del Sol, que en el templo tenían sus atribuciones relacionadas con el culto sagrado, y eran algo así como las vestales romanas, puras e intocables hasta tanto fueran escogidas para esposas de los príncipes.

Cuzco, la ciudad maravillosa, a la cual convergían las carreteras del Imperio, la ciudad santa de Manco-Capac, vi ve unos días de intensa agitación, pues témesese que el Dios del Sol haya abandonado a sus adoradores, y permita caigan en poder de las bandas feroces que capitaneaba el virrey Uscohuilca. Pero, cuando todo está perdido, aparece Yupancui, el más joven de los Incas, quien ayudado por el gran sacerdote Rumi Nahui consigue levantar el ánimo decaído del pueblo de Cuzco, que, después de realizadas ciertas maravillas, lucha bajo el amparo de su Dios, tal los héroes de Homero en las épicas jornadas de la Ilíada, y al fin vencen.

Al rededor del asedio de Cuzco, y en tanto que sucesos bélicos tienen lugar, se desarrolla la novela. Sus personajes principales el inca Yupancui y una *aclla* o virgen del Sol. En la pasión que une a estos dos seres hay tonos delicados, y ella los lleva después de muchas peripecias fértiles en martirios y dolores al triunfo definitivo del Dios Amor!

Esta "Virgen del Sol" de von Hanstein, bien merece ser leída, especialmente por todos aquéllos que sienten veneración por el pasado glorioso de un pueblo de nuestra América, grande tanto por innúmeras riquezas, como por el increíble progreso que había alcanzado en todos los aspectos de la cultura humana.

M. R.

LA CASA ROSADA

?

TODOS LOS MATERIALES USADOS
EN LA
PANADERIA
DEL
TALLER
DE
Pedro A. Diaz
SON SIEMPRE PUROS Y FRESCOS

Calle 5ª No. 35

Teléfono 523

Banco Nacional de Panamá.

CAPITAL Y RESERVA: B. 1.066.087,09

INSTITUCION DEL ESTADO FUNDADA EN 1904

**ADMINISTRADOR Y DEPOSITARIO DEL GOBIERNO DE LA
REPUBLICA DE PANAMA**

Está en condiciones de prestar toda clase de servicios bancarios por medio de sus Agentes que mantiene en todas las Provincias.

**Compra y venta de giros sobre el exterior.—Operaciones de
Banca en general.**

DISPONIBLE

Compañía Internacional de Seguros

SOCIEDAD ANONIMA

==== PANAMA ====

CAPITAL: B. 2.000.000

Asegura contra riesgos
marítimos y de incendio.

“LA LEGITIMIDAD”

JOSE PADROS

Calle A. No. 7. Panamá. Apartado postal 660

Depósito de los afamados cigarrillos de la Habana

“LA LEGITIMIDAD”

Gran surtido de Cigarros Habanos de las acreditadas
marcas Henry Clay, Bock y Cía. y La Corona.

DEPOSITO EN COLON

UNIVERSAL BAR, FRENTE AL PARQUE.

APARTADO No. 132

TELEFONO No. 279.

DISCOS.

VICTROLAS.

LA POSTAL **GERVASIO GARCIA,**

PROPIETARIO
Avenida Central, No. 68.—PANAMA.

A este establecimiento concurren obligadamente todas las
personas amantes de la buena música, a proveerse de
Victrolas y Discos de la afamada casa VICTOR
y siempre salen satisfechas.

Por cada correo llegan a LA POSTAL, las mejores Revistas y
Periódicos de España, Centro y Sur América, en que
colaboran los más renombrados escritores
de habla hispana,

Postales de diferentes clases y a precios muy bajos.

INSTRUMENTOS DE CURD

La práctica en este negocio nos permite ofrecer a nuestra numerosa
clientela los mejores artículos en el ramo de PAPELERIA
y útiles de escritorio.

POSTALES.

REVISTAS.

Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid. - FELIX ALCAN, Paris. - NICOLA ZANICHELLI, Bologne. - WILLIAMS & NORGATE, Londres. - WILLIAMS & WILKINS Co., Baltimore. - RENASCENCA PORTUGUESA, Porto. - THE MARUZEN COMPANY, Tokyo.

"SCIENTIA"

Revista Internacional de Síntesis Científica

Publicación mensual (cada cuaderno de a 120 páginas.)

DIRECTOR:

EUGENIO RIGNANO

Es la única revista que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.

Es la única revista de difusión mundial.

Es la única revista de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las cuestiones fundamentales; historia de las ciencias, matemática, astronomía, geología, física, química, biología, psicología y sociología.

Es la única revista que por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios y escritores de todas las naciones (*sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; sobre las más importantes cuestiones astronómicas y físicas del día y especialmente sobre la relatividad; sobre la contribución de los diferentes países al desarrollo de los ramos de la ciencia, sobre las más grandes cuestiones biológicas y, de manera particular, sobre vitalismo; la cuestión social; las grandes cuestiones excitadas por la guerra mundial*) estudia todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales de todo el mundo y en el mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional del movimiento filosófico y científico.

Es la única revista que puede tener en cualidad de colaboradores a todos los más ilustres sabios del mundo. Todos los cuadernos llevan el nombre de más de 350 de ellos.

Los estudios se publican en la lengua natural de sus autores y en cada cuaderno está adjunto un suplemento llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. Por esto la revista puede, ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. *Se piden cuadernos gratuitos de ensayo* al Secretario General de «SCIENTIA», Milano, enviando — a título de reembolso de los gastos de correo y envío — 1 peseta de sellos postales del país de origen.

Precio de Suscripción: Fr. 60

OFICINAS DE LA REVISTA: Via A. Bertani, 14 - Milano (26)

Secretario General de la Redacción: Dott. PAOLO BONETTI

DISPONIBLE